

Ana Gallego Cuiñas, **Otros, Ricardo Piglia y la literatura mundial**, Madrid, Iberoamericana, 2019.

Cómplice de los claroscuros, de las ambigüedades y de los montajes, la escritura de Ricardo Piglia (1941-2017) devela las relaciones elementales de parentesco existentes entre la literatura nacional y la literatura mundial. Se trata de una escritura anticipada por una lectura paranoica, como la de Cervantes, que leía hasta los papeles que encontraba tirados en el suelo. No es raro, por lo tanto, que sus fuentes (no su inspiración) ignoren las fronteras temporales y espaciales y los lugares comunes.

Ana Gallego Cuiñas explora este aspecto de su obra, descuidado a pesar de la proliferación de artículos y libros que han visto las últimas décadas. La introducción lo deja bien claro: el objetivo es “pensar la manera en que el autor incorpora en la literatura nacional algunas tradiciones extralocales, donde se encuentran las claves que prefiguran su estrategia de combate en el espacio latinoamericano del Boom, y en el local de Borges y Cortázar” (p. 18). En términos interrogativos, ¿qué estrategias utiliza Piglia para emanciparse de estos monstruos perfectos?

La primera, indica Gallego Cuiñas, reside en condensar, desplazar y revalorar autores, usos y géneros menores. No ir a Fitzgerald, Calvino y al magnífico Dostoievski, sino en traerlos, traicionarlos, desterritorializarlos hasta hacerlos hablar el idioma de los argentinos. El contenido, la sustancia —esa jerga metafísica— no interesa. Aunque naturalmente Piglia retoma esos tres o cuatro temas a los que está condenada la literatura, su astucia recupera las técnicas, los modos de narrar que determinan a los bien llamados universales.

La segunda estrategia consiste en leer mal. Leer mal, para Piglia, significa leer, como para otros lo es releer. Deleuze habla de agarrar a un autor (lo hace con Spinoza y Nietzsche; Piglia, con Faulkner y James) y hacerle parir un hijo que le pertenezca, pero terrible. Si existe registro de una definición superior lo desconozco. Piglia lee mal y Gallego Cuiñas rastrea con suspicacia analítica ese derrotero, para el que una larga experiencia académica (la bibliografía es copiosa) la ha preparado.

Finalmente, la estrategia transcultural en Piglia es menos un destino que un controlado ejercicio de fagocitación utilizado para ser otro, siendo el mismo. Gallego Cuiñas no pasa por alto que, guiado por el hambre y el resentimiento de saberse distinto, el margen fagocita el centro y devuelve una interpretación ilegible de la norma, logrando así algo parecido a la originalidad y a la subversión. Carlos Gamerro dice que un argentino está en mejores condiciones de navegar el Ulises que un inglés, debido a la ascendencia marginal que lo emparenta con los irlandeses [eco borgeano sobre irlandeses y judíos]. Acaso esta verdad pueda comenzar a probarse en el capítulo que Piglia le dedica a Joyce en *El último lector*.

El concepto de literatura nacional, en su carácter estético y político, pertenece a una época solo accesible por medio de las crónicas y de los anales. Su reinención (enseña Piglia) está en articular reflexivamente lo que nos pertenece por azar y lo que nos pertenece por derecho. La crítica literaria (propone Gallego Cuiñas), si pretende ser más que un termómetro o una estadística de las modas, debe exponer los canales improbables que llevan de Martínez Estrada a Deleuze, de Perlongher a Adorno, de Walsh a Goncharov. Parafraseando a Oscar Wilde, Piglia y Gallego Cuiñas nos recuerdan que no hay libros nacionales y libros mundiales; los libros están bien escritos o mal escritos.

Juan Manuel Díaz